



El Cantar de Roldán, si bien tiene la base histórica que ya conocemos, es un relato totalmente legendario. Nos encontramos, con él, en pleno reino del mito, y con Irubaldinus, que ya se llamaba Roland, totalmente metacarpentero. En lugar de prefecto de Bretaña, es sobrino de Carlomagno, y no es un duque, sino un conde, uno de los doce pares de Francia. Sus sentimientos patrióticos son de una naturaleza que Irubaldinus no habría podido comprender; y mucho menos habría aceptado el prefecto de Bretaña las relaciones de carácter marcadamente feudal que unen a Roldán con Carlomagno y con otros de los héroes del poema. Esto, para empezar. Pero es que, además, la derrota de Roncesvalles es la consecuencia de una traición del Conde Ganelón, un allegado de Roldán, y quienes tendieron la emboscada no fueron los vascos, sino los moros españoles. La geografía es fantástica, aunque con determinados rasgos realistas, la guerra dura más de siete años y se reanuda tras la derrota de Roncesvalles para que los franceses -no los francos- sean vengados mediante la derrota de las huestes de Baligán, de las que forman parte -y ello no es casual- gentes de casi todos los países que luchaban, en Oriente, contra los cruzados. Esta batalla contra el ejército de Baligán parece ser creación de Turoldo, y ya vemos cuáles pudieron ser sus móviles al imaginarla.

No voy a referirme, por ser de sobra conocidos, a los más notables episodios del Cantar, sí me referiré, en cambio, al carácter de Roldán y a su muerte y, al hablar de ésta, me permitiré citar los versos de mi traducción al castellano de la Chanson (1). Roldán es valiente, a veces de manera irreflexiva, obstinado en sus empresas, extremadamente sensible a las ofensas hechas a él o a los suyos, incansable en los combates y sobrehumanamente fuerte. Es orgulloso y vengativo, pero noble e incapaz de traición, y esta mezcla de cualidades contradictorias no impide que Turoldo le juzgue un buen cristiano. Ama a Carlos, su señor, al que, más aún que el parentesco, le une el vínculo feudal. No es un varón enamorado. Está prometido a doña Alda, la hermana de su inseparable Oliveros, y no se habla en el poema de ninguna otra mujer que tenga o haya tenido que ver con él. Su honor es el de Francia y el de la cristiandad y sabe sacrificarse por él hasta el límite de sus fuerzas. En Roncesvalles, sus proezas son tales que, cuando ya han muerto todos los franceses, pone en fuga al ejército musulmán y muere, como un vencedor, mirando a España, no a Francia, que queda a su espalda. Antes de morir, se encomienda a Dios y, cuando va a entregar su alma, los ángeles bajan del cielo a recogerla. Dice Turoldo:

El guante diestro hacia Dios ha alargado
y San Gabriel ya se lo está tomando;
el conde apoya la cabeza en su brazo
y hacia su fin va, juntando las manos.
Dios a su ángel Querubín ha enviado,
y a San Miguel del Peligro, a su lado.
Al mismo tiempo que San Gabriel llegaron.
Su alma se llevan al paraíso santo. (2389-2396).

(1). Turoldo, Cantar de Roldán, edición bilingüe, traducción, prólogo y notas de Angel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1983,